

UN VIENTO de insania penetró cuando Ramírez Colomé llegó a eso de las siete de la noche con su voluminoso cuerpo, colocó varias cajas, una tras otra, llenas de expedientes, sobre mi escritorio, y eché de ver que se aproximaba una discordia con miedo y remordimiento. Jadeaba sin cesar y el sudor se ceñía a su camisa, segregando un olor dulce y rancio, el cual acentuaba la palidez de su rostro. Al llenarse el espacio, los tres ayudantes que lo escoltaban apilaron el resto en una esquina de mi oficina. Al verlo frente a mí, juzgué que padecía de culpa crónica, posiblemente por su rostro desencajado, como si estuviera constipado.

Nada insinué, sólo lo vi de arriba abajo y un presentimiento de amargas interminables se reveló, aunque, otro se entrecruzó: podía, en esa fugacidad, revolcarme con el placer antes que la desgracia dejara de dormir.

Ni siquiera dije buenas noches, menos él advirtió lo mismo. Los otros, detrás, atravesados sin protestar por las sombras de su deforme vientre proyectadas

hacia las paredes, parados de un modo que todo resultaba para entonces.

Apoyó las manos sobre el respaldo de la silla, respiró hondo, casi violentamente, como si quisiera decir “la vida es una mierda” y yo, sin expresar nada aún, distinguiendo a los otros, al revés, presentes apenas, con las manos y sus pedazos de pena amontonada en los párpados.

No tuve tiempo de pararme, ni de darle la mano, porque al ver las cajas me entró una sed que me acalabró la lengua y soñé con un camino de hormigas. Quise incorporarme, algo lo impidió. Lo miré parado citando una frase: “me muero de hambre en esta esquina”.

Jaló la silla y se sentó con dificultad. Sacó un pañuelo para limpiarse la luz que caía sobre sus sienes, una luz a la mitad de algo, afilando la rabia, yéndose por los surcos de la sangre, la que se infla en las venas del cuello y que es un tormento más adelante cuando arde por las noches infinitas dando vueltas en la cama por el insomnio y el pánico a los ahogos cuando en sus pesadillas cree tragarse un fragmento demasiado grande de artificios.

A Ramírez Colomé le gustaba la grandilocuencia. Por ello, no me sorprendió verlo en mi oficina con sus tres ayudantes de siempre, queriendo impresionar como si fuera un perro con deseos de orinarme una pierna para marcar territorio.

Ramírez es su nombre de pila, gracias a una extravagancia de su madre. No hablaba, gritaba, no movía con discreción sus manos, menos tenía esos gestos tan característicos de alguien que gusta ser escuchado. De la parálisis pasaba al manoteo, del

silencio prolongado salía como si viniera de la muerte y de pronto vociferaba.

Su agua de colonia era insoportable, y acostumbraba peinarse mientras la caspa caía sobre los hombros de su traje oscuro. Era fanfarrón y los otros, sus asistentes, eran la resignación sometida. Notarlos a diario era quedarse a la mitad de la realidad, como si estuviera impedida por una sospecha y yo, frustrado por querer desamarrar ese nudo, pero son felices así con su alivio y su humillación tan imposible, tan muda y enterrada en las paredes de este edificio.

Ramírez me echó la vista encima con un ojo, el otro —¿el izquierdo o el derecho?, ya no me acuerdo— era demasiado terrible como para mirar. Se pasó el pañuelo por el cuello, luego se hurgó la nariz contemplando el piso, en tanto Rodolfo, a la zaga sin estar en el todavía o en el cuándo. Y los otros dos, diseminados y distintos de tan iguales, sumidos en sus corajes y una risita sin labios, sin dientes, tan infelices Roderico y Mauricio.

Sin irse ni quedarse, como llorados por mujeres que gustan de Pedro Infante y lociones baratas.

Ahí estaban, en pos de Ramírez, Roderico y Mauricio con Rodolfo sin rezongar, cargando unas ollas para el jefe que siempre tiene hambre.

—Bueno —declaró Ramírez, arrastrando la “o” más de lo debido.

Volvió a pasarse el pañuelo por el cuello, como si tuviera encima la entera suciedad del mundo y pensara en su señora madre.

—Oye, mi querido Merino —dijo con voz severa, viéndose la punta de los zapatos con su ojo

displicente, levantando con exageración las cejas por si un terror inminente fuera a caer sobre nosotros.

El terror habitaba en las cajas con los expedientes. Pero eso no importaba en ese momento, menos que Rodolfo creyera francamente que estar al lado del jefe lo haría alguien menos rústico.

Menos que Roderico y Mauricio fantasearan que algún día podrán deshacerse del hedor que cargaban, ya que nunca se percataron cuándo empezaron a heder de ese modo y a sentirse un par de ratones alrededor del licenciado Ramírez Colomé, porque así le nombraban, entre tartamudeos y calambres faciales.

Colomé, entonces, se reintegró de su postrimería y con los dientes amarillos, sin irse ni quedarse de la ocultación, debajo de la grasa de la papada y la mirada que hospedaba un solo ojo volvió a decir.

“Quizá sea mejor así”, ponderé, en la antesala de su explicación, la cual consumaría en un exabrupto: la clásica bravuconada que no tiene sangre pero sí mucho miedo. Además, asocié su turbación a estar desnudo y la pesadilla titilando al contemplar lo que *no es* o lo que *es* a secas ante la adivinación de una catástrofe: la suya. También, la pesadilla de la cárcel y por ello perder la decencia, o lo imposible que le resulta deshacerse de cierto pudor de sargento segundo cuando recibe las órdenes de sus superiores.

—Aquí te traigo un trabajito —dijo, valiéndose igualmente del diminutivo con la boca y los dedos, en tanto los otros empaquetaban la afirmación con un movimiento de cabeza. Roderico para arriba,